

LAS REDACCIONES ESCOLARES

EL NIÑO.

por FLORENTINO RODRIGUEZ

Inspector de Enseñanza Primaria.

Las redacciones escolares son la culminación de la enseñanza y conocimiento de la escritura, y su fin es el de que el niño adquiera unos medios para expresarse con claridad, precisión y soltura.

En definitiva, saber es conocer la regla o el principio general y acertar a aplicarlo en el caso que se nos presente. El lenguaje tiene unos principios y unas reglas generales que se pueden encontrar en la gramática y en la retórica, cierto. Pero el niño llega a las ideas generales por el camino de los hechos, que resulta mucho más fácil, claro y lógico para él. Su lenguaje, más que de reglas, es obra de su propio pensamiento y de su personalidad con el apoyo de la imitación. Así como a nadar sólo se aprende nadando, pero viendo cómo nadan otros, a hablar y escribir sólo se aprende hablando y escribiendo, pero viendo, oyendo, observando y comparando cómo los demás hablan y escriben.

Sabemos lo que otros saben por lo que dicen y cómo. Y el saber expresarse con certeza y claridad es el fin de la enseñanza, por una parte, y del aprendizaje, por otra, del lenguaje.

Enseñanza y aprendizaje... El Maestro y el discípulo.

EL MAESTRO.

Crear que la posesión de un título da la suficiencia es, acaso, una equivocación. En unos pocos años de estudios se adquieren unas ideas, en parte unos criterios y, desde luego, una base más o menos amplia, un sentido crítico y un hábito de relacionar y generalizar, y muchas noticias que flotan en gran parte sin una trabazón sólida. Pero la seguridad, la destreza, la maestría, se adquieren y depuran más adelante y personalmente después de muchos tanteos y experiencias, después de fracasos, rectificaciones y aciertos, elaborados tras una práctica concienzuda y persistente hecha con responsabilidad y entusiasmo; después de muchas y cotidianas lecturas y muchas meditaciones sobre la base de un conocimiento amplio del niño y de los puntos de ataque más favorables para provocar su interés, excitar su curiosidad y descubrir sus gustos y capacidades, sin olvidar que cada niño puede ser un caso distinto. Por esos caminos se llega a guiar con claridad y a corregir hábilmente, con ahorro de fatiga y, especialmente, sin aburri-

miento, que es el mayor enemigo de la eficacia escolar.

Es raro, cuando el Maestro posee esas cualidades de espíritu y de saber, gracias a las cuales enseña con competencia, que no descubra por sí mismo los métodos convenientes. Conociendo el alto valor del ejemplo, sabe que nuestro idioma se aprende por la lectura inteligente y continua de los mejores autores, y se ingenia para elegir textos ejemplares de descripciones, narraciones, cartas, etc., que expresen en un lenguaje sencillo sentimientos sinceros, explicando, aclarando y haciendo llegar y penetrar a los alumnos hasta el pensamiento del autor. Sabe que un vocabulario preciso amplía y esclarece las ideas y favorece la expresión, por lo que, prudentemente, comprueba con el diccionario. De esta forma los niños encuentran las redacciones fáciles y agradables, y adquieren una instrucción que se puede calificar de firme y hasta copiosa, acertando a expresarse con claridad y fluidez y a realizar los ejercicios con satisfacción y alegría casi deportiva. Y el Maestro, al conseguir hacer reflexionar y observar a sus discípulos, siente el placer de encontrar inteligencias que se manifiestan y corazones que se revelan.

La lectura es siempre un manantial fecundo. Queremos traer aquí dos notas tomadas hace muchos años. La primera, de un artículo de crítica literaria, áspera, casi violenta. Escribió un autor:

Cae la nieve como lluvia
de sal espolvoreada...

¡Alto ahí!, dice el crítico. ¿Quién ha visto llover sal ni cómo la nieve puede caer como la sal, dadas las formas y las densidades? El lector no entiende lo que el escritor dice. Las comparaciones han de hacerse con cosas muy conocidas.

Y nosotros añadimos: Muy conocidas de los niños, cuando a ellos nos dirigamos.

La otra es un chiste. Un quinto, en Madrid, iba con un pliego que había de entregar en el Ministerio de la Guerra. Vacilando en cuál sería, preguntó a un señor:

—¿Me podría hacer el favor de decirme cuál es (leyendo el sobrescrito) el Ministerio de la Guerra?

—Sí. Aquél. Pero no se dice "guerra", sino "guerra".

—¿Cómo?

—Que se dice "guerra", porque la *w* delante de la *e* no se pronuncia.

—¡Ahí... Bene. Y muchas gracias.

Los niños tienen que redactar. Este problema es uno de los más difíciles de la enseñanza primaria. Enseñar a redactar, hacer que los niños redacten, parece una montaña que se levanta imponente y áspera, la cual, mirada desde abajo, se presenta inaccesible; pero no lo es. Se encuentran siempre veredas por las que se puede subir, y se sube. La rampa más eficaz es la conversación. Hablar con el niño, hacerle hablar a él; hacerle observar y expresarse por sí mismo es el verdadero camino. Por eso las lecciones han de hacerse siempre en forma de diálogo, y de éste saldrán las memorizaciones que convengan. Pero antes, y siempre, el diálogo. Y para el diálogo, la pregunta. Explicar una lección es cosa fácil. Lo que no es tan sencillo es hacer que sea el niño quien explique; conseguir que observe, investigue, descubra y exprese. Hacia ahí se ha de dirigir la acción del Maestro mediante interrogaciones hábiles y penetrantes. En el acierto en preguntar está la fuerza, el impulso y la luz. La pregunta certera espolea, inquieta, estimula e ilumina. La pregunta no contestada, o no contestada con acierto, se formula de nuevo, con una insinuación, mostrando la cosa, haciendo un dibujo, o con un gesto de ánimo, o de duda, o de negativa, y el niño avanza, rectifica y llega.

—Según tú, una tahona es donde se hace pan, y el que nosotros comemos se hace en la villa cercana. Entonces la villa ¿es una tahona?... —Una tahona es una casa donde se hace pan. —Una casa donde se hace pan... Hay muchas tahonas que se hacen su propio pan en casa... Esas casas que hacen el pan que consumen, ¿son tahonas?... —No. Una tahona es una casa donde se hace pan para venderlo... —Eso ya está más claro.

Las conclusiones, obtenidas de común acuerdo, se llevan a la pizarra. El niño, ayudado, guiado por nosotros, ha redactado verbalmente. Cuando conviene se le pide que redacte él, sin el guión de la pizarra.

Pero ¿cuándo deben comenzar las redacciones? Indudablemente: en cuanto el niño haya vencido las primeras dificultades de la escritura; en cuanto sepa modelar las letras y escribir palabras. Desde el primer día, pues.

Estas primeras redacciones consistirán en ejercicios de este tipo: escribir nombres de cosas, de personas, de animales; los nombres de los hermanos, de los muebles del comedor, de las prendas de vestir. Dibujadas varias cosas en la pizarra, que escriban sus nombres, etc.

Que se asomen a la ventana y escriban los nombres de las cosas que vean. Y escribirán: *són* perrito, muchos árboles, tres niños...

Luego se ~~completan~~ las frases: mis plumas; mis estampas; un papel doblado; árbol; un árbol; un árbol muy alto; un árbol con hojas y flores; un perro blanco y negro con un cascabel al pescuezo...

Pronto ya, oraciones. Que escriban lo que hacen las personas, los animales, las cosas: Toca la campana; enciende la luz; juegan dos niños en la calle; tengo cerezas y guindas; pasa un caballo corriendo por la carretera; sale humo por la chimenea de tu casa. Etcétera.

El niño pierde el miedo y vence las dificultades, que al principio le parecen tremendas, de hacer que su mano escriba lo que piensa, lo que oye, lo que ve, lo que le mandan. Para él es un triunfo maravilloso todo esto. El hecho de que su mano vaya adquiriendo habilidad y obedezca a su pensamiento lo ha logrado jugando, y se da cuenta de que ha llegado a lo que le parecía imposible: perder el miedo a la cuartilla, a que sus dedos no acertaran a sostener el lápiz o la pluma, a cómo dar forma a su pensamiento con aquellos garabatos que son las letras, con las cuales forma palabras y frases. Y goza el placer de considerarse en franquía porque sabe escribir, es decir, hablar con la pluma lo que habla con la boca. Cuando habla, se oye lo que dice; cuando escribe, se ve lo que dice... Es decir, que va descubriendo y concretando los caminos que le relacionan con el mundo.

* * *

Las redacciones exigen un vocabulario cada vez más amplio y preciso. No se puede hacer una lectura, ni siquiera conversar en la escuela, sin explicar y comprender el sentido de las palabras nuevas que van apareciendo. El manejo frecuente del diccionario se impone. Pero debe completarse con el vocabulario personal que conviene que cada niño lleve, sobre todo de diez años en adelante, en un cuaderno, mejor de bolsillo, cuadriculado a cuatro milímetros. Se establece una alfabetización por las dos últimas vocales de las palabras: aa, ae, ai, ao, au; ea, ee, etcétera. Los monosílabos se anotarán en la vocal doble. Así, *te*, se colocará en la sección ee; *mas*, en aa; *club*, en uu, etc. Con ese sistema es facilísimo llevar el vocabulario personal. Naturalmente, a continuación de cada vocablo se escribe el significado, o los significados en su caso.

El niño, cuando se encuentra una palabra que desconoce, la anota en su cuadernito, y en el momento oportuno

consulta el diccionario y completa la anotación. La experiencia nos prueba la utilidad de este vocabulario, que es laborioso, pero de gran provecho, de modo especial por constituir una nueva preocupación. Hay muchos niños que lo descuidan; pero otros lo siguen más allá de la escuela.

* * *

Los tipos de redacciones escolares pueden reducirse a los siguientes: Cartas, narraciones, resúmenes, descripciones, traducciones al propio lenguaje, extractos, comentarios y crítica, y, finalmente, definiciones.

Cartas.—Este género es fácil para el niño, ya que se trata de hablar con



otra persona a distancia y por escrito. A los pocos ensayos ya no les ofrecen dificultades, que aminoran a medida que van adquiriendo hábitos de redactar. El género epistolar comprende todos los de redacción, sin duda alguna; pero al niño le basta por el momento con decirle cosas a su primo, o invitar a su abuelita a que venga a pasar unos días en su casa para las fiestas próximas. Un buen estímulo es la correspondencia interescolar.

Narraciones.—También entran fácilmente los niños en la narración, hasta apasionarse. Contar cosas agrada a la mayoría. Permite el libre juego de la imaginación cuando se relata un cuento. Cuando ya narran con cierta soltura se les puede dar un programa para el ejercicio que les frene y obligue a sujetarse a normas. Con los de diez años en adelante se puede escribir un cuento, por ejemplo, entre varios, en esta forma: Supongamos que sean el niño número 1, el 2 y el 3. El 1 escribe un párrafo; el 2 escribe a continuación otro que sea continuación lógica del anterior; el 3 escribe otro que guarde igual relación con los anteriores; se siguen turnando hasta el final. Todos inventan, pero con el freno de lo ya escrito. Al cabo de varios ensayos salen cosas, no sólo graciosas, sino de interés. Esta interdependencia y

subordinación valen la pena de intentar los ensayos. Los esfuerzos mentales y de adaptación que han de hacer son muy interesantes.

Descripciones.—La descripción es más difícil que la narración. Conviene hacer ejercicios de observación, diálogos y de conjunto, y, luego, redactarlos. Por ejemplo, lo que se ve a través de la ventana: el paisaje y sus elementos principales; el campo, los árboles, el cielo, las nubes, la luz, el aspecto; la serenidad o la agitación producida por el viento en su caso; los elementos de carácter humano: caminos, cultivos, ganados, etc.

Para quitar el miedo y dar facilidades se puede hacer un esquema o un programa de los puntos a tratar y del orden a seguir; pero cuidando de emplear un lenguaje y unos términos perfectamente aseguibles a los niños. Claridad y facilidad; sin pedir definiciones ni emplear conceptos oscuros o dubitativos.

Resúmenes.—Hecha, es decir, estudiada, dialogando, una lección, o leído un texto, se procederá a hacer el resumen, en el que han de figurar las ideas, hechos y fines que le den carácter, para que sea el reflejo más aproximado a la exactitud, pero de proporciones reducidas, porque hay que ir habituando al niño a sintetizar. Conviene al principio, sobre todo con los menores de diez años, darles un guión. El extracto, realmente, es un resumen.

Traducciones al propio lenguaje.—Es un ejercicio de gran valor para los niños mayores de diez años, que supone un esfuerzo mental y una sensibilidad fina para desentrañar el verdadero sentido, especialmente de la metáfora y la alegoría y de los refranes y aforismos. Aquí caben también el comentario y la crítica, naturalmente en la medida del desarrollo y capacidad mental de los ejercitantes.

Ejemplos de motivos para la traducción, el comentario y la crítica:

El oro del crepúsculo
se va tornando plata,
y detrás de los abismos que limita
con perfiles ondulantes la montaña,
va acostándose la tarde fatigosa...

GABRIEL Y GALÁN.

El ciego sol se estrella
en las duras aristas de las armas,
llaga de luz los pechos y espaldares
y flamea en las puntas de las lanzas.

A. MACHADO.

Para divertir su afán
cantaba a su reja un loco
Unos estamos por poco,
y otros, por poco no están.

CAMPAMOR.

Poco gana la que hila.
Menos gana la que mira.
El que mucho abarca, poco aprieta.
Caminos del molino
vale más la cuerda que el trigo.

(Refranes populares.)

Hay una hermosura de nuestra lengua, casualidad de una palabra, pero que es toda la fe y toda la sabiduría. "Creer" y "crear" son palabras distintas; pero cuando dices con toda tu alma: "¡Creo, creo!", creer y crear son una misma cosa.

J. BENAVENTE.

Platero, no sé si con su miedo o con el frío, trotó, entra en el arroyo, pisa la luna y la hace pedazos. Es como si un enjambre de claras rosas de cristal se enredara, queriendo detenerlo, a su trote.

Y trotó *Platero* cuesta arriba, encogida la grupa cual si alguien le fuese a alcanzar, sintiendo la tibieza suave del pueblo que se acerca...

J. R. JIMÉNEZ.

La definición.—El ejercicio de definir es el más difícil; el que entraña ya verdaderas dificultades, muchas invencibles, no sólo para los niños, sino para los que ya no lo somos. Definir supone el conocimiento perfecto de la cosa y, por lo menos, muy amplio del lenguaje. Pero ha de iniciarse en ello también al niño para que vaya adquiriendo el concepto de la precisión y exactitud en el hablar y escribir. El Maestro y el diccionario enseñan e iluminan.

Deben proponerse definiciones sencillas, de cosas, seres, acciones, etc., muy conocidas y hasta familiares. Definir el pan, una caja, un puente, un

ladrillo, un camino, un lápiz, pescar, pasear, subir, correr...

* * *

Para que la corrección de las redacciones cobre la mayor eficacia debe hacerse en presencia y con la intervención del niño; más aún: discutiendo los ejercicios con sus autores. Una corrección que se hace estando el niño ausente tiene muy poco valor. La mayoría de los niños, ante el ejercicio corregido, se limita a contar las faltas. Y eso no deja huella útil.

Las correcciones son fatigosas; pero si el niño no interviene en ellas se pueden considerar trabajo perdido. Tampoco es fácil corregir todos los ejercicios debidamente. El tiempo y otros quehaceres lo impiden. Conviene, por ello, establecer un sistema de señales para que el niño se corrija o rectifique. Esto supone leer los ejercicios y hacer en ellos las indicaciones oportunas, y luego comprobar las correcciones hechas por los propios autores. Las señales pueden ser: 1, palabra mal acentuada; 2, falta de ortografía; 3, palabra mal empleada; 4, concepto poco claro; 5, equivocación grave. Etcétera.

COMO ENSEÑAR ORTOGRAFIA

por ESTEBAN VILLAREJO

Jefe de Departamento del C. E. D. O. D. E. P.

I. GANAR UNA DISPOSICIÓN MENTAL FAVORABLE

Sin voluntad de aprender ortografía, están de más los mejores procedimientos de enseñarla. Es preciso que el alumno quiera escribir bien. Cuestión nada fácil, porque carece de los motivos intrínsecos que otras disciplinas para la mentalidad infantil. Ni tiene el atractivo heroico de la historia, ni el regusto imaginativo de las ciencias naturales, ni el juego intelectual de las matemáticas, ni el goce estético del dibujo y de la literatura.

La motivación discente tiene que ser extrínseca. Se asienta sobre dos pivotes didácticos: el respeto social y la emulación.

Respeto social equivale a deseo de ser alabado. Lo destruye ver el ejercicio propio plagado de tachaduras en tinta roja. Son censuras que, cuando van seguidas de amonestaciones verbales, predisponen al condicionamiento negativo. No seamos con los errores ortográficos más intolerantes que con otras faltas. Toca enseñar, no enojar-se en demasía. Quizá sea preferible

buscar en su ejercicio algún punto elogiabile.

Aversión o, al menos, indiferencia por la ortografía es el deplorable resultado de sus choques emocionales. Se agudiza cuando la actitud del profesor cae en el mismo desaliento, cuando habla a cada instante de exigir reformas académicas que simplifiquen su tarea. Sin darse cuenta resalta las arbitrariedades del uso. Olvidan tales profesores que esa reforma radical tan deseada nos obligaría a aprender a leer y escribir de nuevo, dejaría anticuados e ilegibles los libros escritos hasta el momento, traería molestias indecibles a la generación presente y quizá desembocara, al rodar por aldeas, ciudades y distintos países, en una anarquía peligrosa para la unidad de la lengua. Lo más triste es que tardaría poco en divorciarse otra vez la lengua hablada de la escrita, por ser más conservadora ésta que aquélla. No, no fue demasiado en su pretendida reforma y para pequeñas simplificaciones atén-gase de buena gana a las de la Real Academia.

Pero no quede por esto en desani-

mado defensor de nuestro tesoro lingüístico. Lejos la creencia de que a otros Maestros de otras lenguas les cabe mejor suerte pedagógica. Nuestra ortografía, para él tan difícil de enseñar, es, a juicio de Menéndez Pidal, "la más perfecta entre las ortografías de las grandes lenguas literarias, por su exactitud, por su precisión y por su sencillez" (1). Sea el primer enamorado de la lengua que enseña y no el más resignado paciente. Nadie puede contagiarse un amor que no posee. Sería deletéreo para la motivación del aprendizaje.

Otro pivote didáctico se ha dicho que es la emulación, el placer de escribir mejor que los demás y de hacerlo mejor que su yo de días antes. Por la objetividad del recuento de faltas se presta a comparaciones fáciles, a la confección de diagramas de progreso y al balance de adelantos propios en su carnet cacográfico.

II. PREVENIR EN VEZ DE CORREGIR

FALTAS

Evitar el error es mejor procedimiento que enmendarlo. Por dos razones principales: por salir al paso de reacciones emocionales negativas y por anticiparse a malos hábitos de escritura.

El empleo del dictado como instrumento de enseñanza ortográfica es, según esto, deplorable. Deja que la falta se produzca para comenzar entonces el verdadero aprendizaje, que se reduce a la enmienda magistral y copia reiterada del vocablo debidamente escrito. De poco sirve. Resiste y persiste el clisé falso contra los más esforzados intentos de desecharlo.

La corrección es, por imperativo del número de alumnos, apresurada y, al superponerse, casi ilegible. Aunque se haga sosegadamente, tiene menos vigor que la forma vertida por el propio alumno. Para que el recuerdo primitivo sea desterrado habría de amarse completamente la falta, eliminarla, rasparla o, al menos, emborronarla. Ni siquiera es aconsejable corregir con tinta roja. Porque no se trata de dejar entrever la escritura infantil para que sea comparada con la del profesor en espera de que esto produzca pingües ganancias, sino de evitar a toda costa la fotografía en su imaginación de la forma incorrecta.

Aunque la corrección profesoral elimine totalmente el error infantil, substituyendo la forma exacta a la equivo-

(1) Prólogo al *Compendio de Ortografía Española*, de T. Navarro Tomás. Madrid, 1927, pág. 4.